

Los oficios, la profesión y la vocación de la política

Por Michel Offerlé*
(École Normale Supérieure)

Resumen

Este artículo reflexiona en torno a la cuestión de la profesión política. Desde una óptica a la vez histórica y sociológica, se pregunta sobre los rasgos que caracterizan al oficio del profesional de la política, las diferencias existentes con otras profesiones, los modos de referir a la misma (como mandato, vocación, oficio o profesión) y las diversas modalidades de constitución de un personal especializado en la gestión de los asuntos políticos. Analizando los vaivenes de la larga historia de la profesionalización política, se señala su relación con el proceso de ampliación del sufragio y con las transformaciones fundamentales que tuvieron lugar en Europa y Estados Unidos. Asimismo, se extiende el estudio a la actualidad, examinando los tipos de reclutamiento de los políticos, la entrada y la salida a la profesión y la reconversión fuera del propio campo, como así también la importancia de los capitales sociales y políticos con que cuenta este personal. En relación con la elegibilidad y la representación, aborda por último el tema de la distancia existente entre los políticos y sus representados.

Palabras clave: Profesionalización política - Personal político - Capital político - Representación

Summary

This article thinks concerning the question of the political profession. From an optics historical and sociological, he asks on the features that characterize the professionals of the politics, the differences with other professions, the manners of recounting to the same one (as mandate, vocation, trade or profession) and the diverse modalities of constitution of a personnel specialized in the management of the political matters. Analyzing the goings and returns of the long history of the political professionalization, his relation distinguishes itself with the process of extension of the suffrage and with the transformations that they took place in Europe and The United States. Likewise, the study comes to the current importance, examining the types of recruitment of the politicians, the entry and the exit to the profession and the restructuring out of the own field, since this way also the importance of the share and political capitals with which it counts this

* Socio-historiador francés, profesor de la Ecole Nationale Supérieure de Paris. Miembro del Centre Maurice-Halbwachs de la ENS y la EHESS. Ha sido profesor de la Universidad de Paris I Panthéon – Sorbonne (1990-2007) y del Instituto de Estudios Políticos de Paris (1984-1996). Sus trabajos, referidos a la historia social de lo político y a la sociología de las organizaciones y las movilizaciones políticas, han resultado en numerosas publicaciones académicas. Entre otros libros, es autor de *Sociologie des organisations patronales* (2009); *Les partis politiques* (7^o ed., 2010; traducido al español en 2004), director de *La profession politique, XIXe-XXe siècles* (1999). Con Henry Rousso es director de *La fabrique interdisciplinaire. Histoire et science politique* (2008) y con Jacques Lagroye, *Sociologie de l'Institution* (2008).

personnel. In relation with the eligibility and the representation, it approaches finally the topic of the distance between the politicians and his represented ones.

Key words: Political professionalization - Political personnel - Political capital - Representation

Elementos de comparación internacionales y socio históricos

En un artículo publicado en 1964 Harold L. Wilensky notaba que estaba de moda generalizar el atributo de profesionalidad a múltiples ocupaciones. La especialización, la proliferación de estándares de trabajo, el desarrollo de actividades de servicio conducían a ello. Pasando revista a los criterios que los sociólogos americanos de los años 50-60 requerían de una profesión para que fuera denominada como tal, pocas, según él, entre las actividades emergentes por entonces, podían satisfacer los criterios de ese reconocimiento. En ningún momento hacía referencia al término profesión/profesional de la política.

Sin embargo, se podría confrontar la profesión política a los habituales criterios considerados por los sociólogos de las profesiones: especialización y delimitación de fronteras a resguardo de los profanos, autonomía en la fijación de reglas deontológicas del ejercicio de la actividad, reivindicación del servicio de un interés general, pero no es esa la dirección en que orientaré este artículo.

En efecto, me apetece poco las “verdaderas definiciones”. Pienso más bien que el interés de la sociología -y de la socio-historia que obliga a desnaturalizar las certezas- está más instalado en la búsqueda de márgenes, de la incertidumbre y de las luchas de definiciones, que en la producción de definiciones *ex cátedra*. Por el contrario, podemos servirnos de lo impreciso de esta actividad, « la profesión política », habitualmente tan desprestigiada, para comprender lo que la caracteriza y entender las modalidades muy diversas de constitución de un personal especializado en la gestión de los asuntos políticos.

Quisiera someter aquí una serie de observaciones extraídas de trabajos que he dirigido en sociología y en socio-historia de lo político¹. En efecto, a pesar de la referencia constante a la novedad radical de las prácticas contemporáneas de los políticos modernos, proclamada por los actores y comentaristas mediáticos, no podemos, para comprenderlos, prescindir de ponerlos en perspectiva en una historia larga, la de la profesionalización política, es decir, la de la aparición, a menudo concomitante de la estabilización del sufragio « universal » (primero masculino), de una categoría de agentes especializados y profesionalizados en la conquista y el ejercicio de un tipo particular de poder, el poder político.

En este artículo quisiera hacer algunas preguntas, historiográficas y sociológicas, que animan desde hace cincuenta años los estudios sobre las « elites políticas » o los « profesionales de la política ». Será entonces primero cuestión de historia de la profesionalización política, es decir, cómo, con qué tipo de tecnologías y con qué tipo de justificaciones fueron inventados los roles profesionalizados en política. Veremos que se trata a la vez de política (visiones del mundo) pero también de luchas sociales entre agentes dotados de propiedades diversas para determinar quién tiene legitimidad para ejercer esos tipos de funciones. Eso nos llevará en un tercer momento a reflexionar sobre los tipos de reclutamiento del personal político actualmente y la importancia que podemos otorgarle a los indicadores sociales (capitales personales y colectivos) y a los indicadores políticos (qué es el capital político) para comprender la entrada, la salida y la reconversión fuera del campo político², pero también la manera de habitar los roles políticos.

¹ Algunos de estos textos fueron reunidos y traducidos al español en M. Géné y G. Vommaro (dir.), *Perímetros de lo político: Contribuciones a una socio-historia de la política*. Buenos Aires, Antropofagia, 2011.

² Para una puesta a punto sobre los usos de este concepto, que proviene de la sociología de los campos de Pierre Bourdieu, ver el cuadro en anexo.

Concluiremos rápidamente sobre la distancia, inherente a la competencia y a la delegación democráticas, pero diferente según las coyunturas entre « ellos » los profesionales y « nosotros los profanos »³.

La profesionalización política

Sería conveniente hacer una investigación minuciosa en los manuales y *handbooks* de ciencias humanas y sociales para tener en cuenta de qué manera la profesión política es enseñada a los estudiantes. En primer lugar bajo qué designación: elite o elites⁴, elite de poder⁵, categoría dirigente, clase dirigente, clase política, casta política. Incluso se habla de microcosmos político, de campo político o de campos políticos (en plural) según los espacios nacionales o las coyunturas históricas, en las diferentes versiones que ha dado Pierre Bourdieu. Es importante historizar y estudiar el camino hacia la profesión política durante más de un siglo para comprender sus modos de formación, de transformación, la variabilidad de las apuestas, y las mutaciones que han conocido las formas de reclutamiento (particularmente la transformación de los partidos políticos) y el tipo de personal, los profesionales de la política que protagonizan la competencia.

Por mi parte, retomaré la línea weberiana, la emergencia y la institucionalización de una ocupación especializada. Una vez más, sería importante explicitar al lector el objetivo de este camino. La línea weberiana presenta un doble interés: de manera general en el análisis histórico de larga duración, pero también en la argumentación/demostración propuesta en el texto.

Max Weber, en su conferencia de 1919 *Politik als Beruf* (La política como profesión)⁶ ha cerrado el tema casi definitivamente dando una definición concisa del hombre político, como aquel que vive *para y de* la política.

« Nuestra distinción tiene pues como base un aspecto extremadamente importante de la condición del hombre político, a saber el aspecto económico. Diremos pues que aquel que ve en la política una fuente permanente de ingresos « vive de la política » y que, en el caso contrario, vive « para la política ».

Para tomar algunos ejemplos, recordaremos que en Francia los primeros titulares de cargos electivos, los notables, pequeños o grandes, intentaron resistir el ascenso de las « nuevas capas sociales » - de las cuales Gambetta, hombre político republicano y abogado, profetizó el acceso a las responsabilidades en 1872 – buscando preservar su monopolio de representación. La elección, según la expresión de André Siegfried, fundador de la geografía electoral francesa, era la ratificación de su « autoridad social evidente ». Tocqueville, observando el arribo de los *montagnards* (la izquierda de la época que retomaban el título de los revolucionarios de 1793) electos por el sufragio universal en 1848, descubría una tribu extraña: « Evidentemente, esa gente pertenecía tanto al cabaret como al salón; creo que han tomado sus costumbres entre cafés y alimentado su espíritu únicamente de la lectura de los periódicos ». Pero los notables debieron convertirse, acostumbrarse igualmente a las nuevas formas de practicar la política, especializándose y recurriendo a las tecnologías de conquista de sufragios, inauguradas por los recién llegados. Los trabajos de Éric Phélippeau elaborados a partir de los

³ Los ejemplos mencionados en este artículo provienen principalmente de las democracias competitivas europeas y estadounidense. Eso se debe en parte a la profundidad de su funcionamiento competitivo, al origen primero francés de mis trabajos de campo y a mis competencias lingüísticas (principalmente en francés y en inglés).

⁴ J. Higley (2009), "Elite Theory and Elites" en K. T. Leicht and J. C. Jenkins (ed.), *Handbook of Politics: State and Society in Global Perspective*. New York: Springer Publishers.

⁵ Cf. W. Mills Wright (1956), *The Power Elite*. Oxford: University Press.

⁶ El título de la traducción francesa, *Le métier et la vocation d'homme politique*, rinde mejor cuentas del doble sentido del alemán *Beruf*.

magníficos archivos del barón de Mackau, político de la derecha francesa⁷, muestran bien que la cesura brutal durante largo tiempo denominada « el fin de los notables » no da cuenta de la gran variedad de situaciones y de la construcción progresiva del oficio político.⁸

El término notables pierde también su aura a medida que es asimilado a una forma de dominación jerárquica, tradicional, paternalista, por tanto antidemocrática: la posición de los nuevos ingresantes a la política, los que no tienen los medios financieros que le permitan vivir para la política sin vivir de ella, no es sin embargo mucho más legítima. El término « hombres especiales », entre ellos tomando como ejemplo a Eugène Schneider⁹, pretende ser la expresión de una definición de la gestión de los asuntos políticos que tuvo un éxito relativo en el cuerpo legislativo del segundo Imperio (1852-1870): ni notables en el sentido tradicional, ni profesionales de la política, se trataba de técnicos en los negocios de la industria que, por su especialidad, pretendían tener voz en la conducción de los asuntos políticos, neutralizando o suponiendo posible hacerlo, la cuestión del manejo de las relaciones de fuerza que está en el corazón de una visión política de las cosas.

Las elecciones implican también tener electores. Excepto que creamos que los votantes se movilizan espontáneamente, una producción de disposiciones para votar (primero por la inscripción en las listas electorales), una activación periódica de esas disposiciones y una canalización hacia el “buen voto” han sido el trabajo de varias generaciones de tutores del sufragio. Lejos de ser el resultado de procesos estrictamente democráticos, el deber electoral y la costumbre de votar fueron al mismo tiempo producto de la puesta en práctica de ideales igualitarios que definen al buen ciudadano (la libre discusión, la libertad de información, la elección iluminada) pero también de las formas calificadas como no democráticas: la candidatura oficial, la movilización de los religiosos o los múltiples usos de las relaciones clientelares. El intercambio electoral, idealmente, debe hacerse entre votos y promesas generales de políticas públicas. Los notables locales y los agentes de la administración, los recién llegados organizados en partidos políticos, inventan las campañas electorales y las tecnologías de conquista del sufragio. La formación de los partidos está ligada a las formas de burocratización de los Estados y al grado en que los empresarios políticos pueden utilizar los recursos estatales que permitan recompensar a sus partidarios; y la puesta en práctica de políticas públicas de saneamiento y de educación puede ser relacionada con la transformación del intercambio electoral.¹⁰ Los instructores y a veces los sacerdotes (no en Italia donde después de 1870 la Iglesia predica la abstención), los publicistas y los periodistas acompañan este lento movimiento que conduce también a la deslegitimación de otras maneras de expresar sus intereses: « el sufragio universal mató las barricadas » titula el *Temps*, gran diario letrado y moderado francés en 1898. Sin duda es necesario añadir que la práctica de las elecciones locales y la posibilidad de retraducir las apuestas nacionales en términos legibles localmente fueron también esenciales en este proceso. La tesis de la vertiente democrática expresada por M. Agulhon¹¹ para Francia (una politización conflictiva llevada a cabo por los nuevos ingresantes demócratas que contagian a las masas y las politizan) no ha sido pues particularmente verificada.¹²

⁷ Diputado entre 1866 y 1918, salvo de 1871 a 1876.

⁸ Sobre la decadencia de la *Honoratiorenpolitik* en Alemania cf. M. L. Anderson (2000), *Practicing Democracy: Elections and Political Culture in Imperial Germany*. Princeton: University Press.

⁹ La « dinastía » de los grandes empresarios de la metalúrgica Schneider reinó mucho tiempo sobre la fábrica y la ciudad de Creusot. Eugène, muy cercano al Emperador Napoleón III ocupaba una banca de diputado, « heredada » de su hermano Adolphe y que él legó después a su hijo. Las fábricas Schneider son desde los años 1860 una de las más grandes empresas mundiales.

¹⁰ Sobre la política inglesa del siglo XIX ver A. Lizzeri y N. Persico, (2004), “Why Did the Elites Extend the Suffrage? Democracy and the Scope of the Government, with an Application to Britain’s Age of Reform”, *Quarterly Journal of Economics*, 118.

¹¹ M. Agulhon, (1971) *La république au village*. Paris: Plon.

¹² M. Offerlé (2007), “Capacités politiques et politisations: faire voter et voter, XIX°-XX° siècles” *Point Critique, Genèses*, pp. 67-68.

Los recién llegados que institucionalizaron el oficio político, no fueron todos políticos a tiempo completo, pero todos se convirtieron en ello progresivamente. No todos fueron vilipendiados por sus adversarios, pero sufrieron de frente la primera ola de críticas a los políticos que es también parcialmente una crítica de la democracia parlamentaria representativa. La fórmula simple de Louis Barthou (abogado y político, ministro en repetidas oportunidades y muy representativo del personal político francés de la época) que escribía en 1923 que “un político es un hombre que hace de la política su ocupación principal durante el ejercicio o con la esperanza de un mandato parlamentario » se enfrenta a numerosas prevenciones que el término « político » condensa. Barthou remite a las prácticas de los *bosses* americanos, que hacen de la política una profesión, con una meta de enriquecimiento personal y para redistribuir prebendas a sus fieles en el contexto del *spoils system* estadounidense. Estos vendedores de política son estigmatizados como hombres sin calidad, sin posición como “veterinarios de provincia” o como « falsos obreros ignorantes y perezosos, asiduos concurrentes a cafetines”¹³.

La ideología profesional de los profesionales de la política

Hablar de los políticos implica, pues, trazar líneas imaginarias que los separen de otras profesiones.

Primero, entre profesiones y profesiones políticas. Según las coyunturas algunas profesiones son, por razones extremadamente complejas, lugares de reclutamiento, canteras¹⁴ para la profesión política (la abogacía, el profesorado, la alta administración). No se puede comprender la evolución de la profesión política sin tener en cuenta los lugares de formación de esas profesiones.

Después, entre profesiones políticas y oficios de la política. La profesión política no es comprensible sin tomar en consideración más ampliamente los múltiples oficios de la política, es decir, todos los profesionales que vigilan, comentan, aconsejan, interpelan, o se consagran a quienes hacen de la política su profesión: periodistas, ensayistas, editores de libros políticos, intelectuales, luego consultores, encuestadores, técnicos de la acción pública, otros profesionales de la representación (sindicalistas, *lobbyistas*, portavoces de causas, miembros de la llamada *société civile*), militantes o asesores, miembros de gabinetes ministeriales y altos funcionarios.

La profesión política puede ser descrita con la ayuda de instrumentos sociológicos que definen una carrera, en el sentido sociológico del término. No sólo en el sentido meramente “carrerista”, sino en el de una sucesión de realizaciones, de posiciones, de responsabilidades, incluso de aventuras, que, a la vez, son interpretadas subjetivamente por su autor en función de reglas y representaciones de la profesión en cuestión, como sugiere Everett Hughes.

Esta especialización (ejercer una actividad específica de gestión de las relaciones políticas) y esta profesionalización (vivir de esa actividad, reivindicar una relación vocacional con su ejercicio, y rechazar el término oficio) son fenómenos recientes que tienen lugar, en las democracias occidentales que inventan ese tipo de posturas, durante el siglo XIX en el momento en que se constituye « un campo político » relativamente autónomo. Es decir, un espacio de competencia entre agentes que, bajo el arbitraje de electores cada vez más numerosos, luchan – pacíficamente – por el dominio de trofeos (posiciones de poder político) que están en la base de la competencia.

¿Es necesario hablar de servicio, de mandato, de vocación o de oficio? No hace falta apoyarse sobre la sociología del arte para tener en cuenta al mismo tiempo las condiciones objetivas de realización de la condición del político, y las denegaciones con las cuales choca la

¹³ Sobre este punto ver la contribución de Dominique Damamme en Offerlé (dir.), 1999.

¹⁴ Cf. M. Dogan Mattei (1999) “Les professions propices à la carrière politique, osmose, filières et viviers”, en Michel Offerlé (dir.) *La profession politique XIX^e-XX^e siècles*. París: Belin.

imputación de profesionalidad (pero no de profesionalismo), cuando estos profesionales debaten acerca de su status en las asambleas¹⁵ o cuando es cuestión de calificar lo que hacen.

Jacques Chirac, ex presidente de la república francesa (1995-2007), profesional de la política durante más de 40 años, de quien Raymond Barre, ex primer ministro (1976-1981) decía “es un hombre político... esencialmente político”¹⁶, lo resumía muy bien en un artículo publicado en el diario *Le Monde*: “¿La política es un oficio? Sí, si uno considera que ella ya casi no resiste el amateurismo, que supone el aprendizaje de un cierto número de técnicas indispensables y una vasta práctica de la cosa pública. No, si uno quiere reducirla a la técnica o a los gajes del oficio, porque exige, para quien quiera realizarse plenamente en ella, el gusto del contacto humano, la apertura del espíritu, la curiosidad por los otros, por lo que piensan y por lo que hacen, sin la cual no podemos esperar comprenderlos ni ser comprendidos. Ella exige como todo oficio, la vocación y, más todavía, la fe”.

La exposición de la ideología profesional en los medios políticos no podría ser avalada ni meramente revocada por una sociología de la sospecha. La cooptación de sí mismo puede perfectamente conjugarse con la expresión de la tensión, de la angustia y de la dureza que caracteriza su ejercicio y con el reconocimiento de la ambición: “Un político que dice no estar interesado en el poder es un perfecto hipócrita o se equivocó sobre el sentido de su compromiso”¹⁷. Como apunta Erik Neveu¹⁸ al analizar las obras recientes de políticos que hablan sobre sí mismos, han desaparecido algunos tabúes respecto a la expresión de sentimientos. Los enfoques económicos que analizan las opciones de profesionalización de los políticos fundadas en la distribución del tiempo disponible entre actividad política y actividades remuneradas, dejan de lado numerosos de determinantes que un psicoanálisis a menudo salvaje de la *libido dominandi*, del sentimiento de poder weberiano, tampoco llega a circunscribir.

Vivir “de” y “para” la política

¿Cuántos son? Si sumamos el conjunto de los cargos electivos en un país como Francia, añadiéndole a ello los miembros permanentes de los partidos y los asesores parlamentarios, hoy se llega aproximadamente a 50.000 personas. Pero lejos de ello, todos esos mandatos efectivos no son mandatos profesionalizados y existen también situaciones intermedias. Un candidato derrotado en las elecciones legislativas puede replegarse hacia puestos de espera o funciones menos prestigiosas. El corazón de la profesión descansa, en lo que concierne a los políticos profesionales franceses, sobre aproximadamente 5000 personas. Y los *poly-ministrables*, entendiéndolo por tales a quienes tienen una chance de acceder más de una vez a un puesto ministerial, no son mucho más de 50 a 80 por generación. Son ellos los que fijan, por su presencia permanente en el campo político, las condiciones y las modalidades durables del funcionamiento del mismo. Por supuesto, bajo el control del conjunto de los participantes indirectos del campo político (periodistas, encuestadores, consejeros en comunicación, *spin doctors*). Y con el concurso de los “intermitentes”, que desearían vivir “de” y que, a falta de mandatos continuos, deben vivir “para” arreglándose en situaciones de espera. Porque, si de manera ideal-típica podemos oponer los profesionales a los profanos, es necesario también ver estos estados bajo la forma de un *continuum* y con tipos de “pasajeros” de la política muy diversos: ministros técnicos (como muestran los trabajos en curso de Mariana Géné sobre Argentina), buscadores de prebendas futuras,

¹⁵ P. Lehingue Patrick (1999), “Vocation, art, métier ou profession? Codification et étiquetage des activités politiques” en Michel Offerlé (dir.), *idem*.

¹⁶ Francia 2 Televisión 24/10/2006.

¹⁷ Nicolas Sarkozy, actual presidente de la República francesa *Libre* 2001, p. 175.

¹⁸ É. Neveu (2003), “Privatisation et informalisation de la vie politique” en Y. Bonny, É. Neveu y J. M. de Queiroz (dirs.), *Norbert Elias et la théorie de la civilisation*. Rennes: presse universitaires.

individuos que retoman a continuación su lugar en la administración, “políticos de milicia” a medio tiempo¹⁹ o impedidos temporalmente de mandatos políticos -como en Turquía después del golpe de 1982, donde a la salida de las dictaduras todos los exiliados intentan recuperar sus lugares.

En efecto no hay más de tres maneras de hacer de la política la única actividad principal:

- Disponer de una fortuna personal (reclutamiento llamado « plutocrático ») o prestada, o ser remunerado por un tutor.
- Ser miembro permanente de una organización partidaria.
- Vivir de una o varias dietas de la función electiva.

Estas variaciones en el financiamiento de las carreras políticas remiten a formas muy distintas de ejercer el oficio político y a disposiciones muy diferentes entre el campo político y los otros campos sociales.

Una buena manera de comparar la porosidad que puede existir entre los diversos espacios sociales es reparar en el momento en el cual la dieta parlamentaria fue instaurada, relevar el tipo de legislación en materia de financiamiento de los partidos y de las campañas electorales, la repartición socio-profesional de los elegidos, los conflictos de intereses posibles entre el mundo de los negocios y el de la política, las incompatibilidades entre ciertas funciones, la limitación a la acumulación de mandatos (locales y nacionales) o al número de mandatos renovables...todas cosas que son propias de la competencia corporativa de los profesionales, después de haber sido separadas de las decisiones de los poderes monárquicos. El oficio político es, en efecto y salvo excepción, el único oficio auto gestionado corporativamente por los que lo ejercen.

El caso francés²⁰ y el alemán en materia de dieta parlamentaria están entre los más emblemáticos. Adoptada desde el verano de 1789 para que los constituyentes no vuelvan a sus hogares y para asegurar su independencia respecto del poder real, la dieta parlamentaria fue sistemáticamente suprimida bajo los regímenes monárquicos del siglo XIX, mayoritariamente censitarios, y sistemáticamente restablecida por los regímenes republicanos. Salvo bajo el régimen dictatorial de Vichy (1940-1944), los parlamentarios franceses cobraban una dieta desde 1870. La existencia de esa dieta es sin duda una variable importante para comprender el modo de constitución – muy lento – de partidos nacionales franceses. A la inversa, el ejemplo alemán presenta una originalidad paradójica. Después de la unificación alemana de 1871 los Estados alemanes federados distribuían los *per diem* pero la dieta fue desterrada de la constitución imperial (art 32). Esa condición fue impuesta por Bismarck para asegurar un reclutamiento social homogéneo y selectivo y para evitar que se formara un grupo de profesionales que viniese a equiparar su autoridad. Gran Bretaña mantenía hasta en los últimos decenios del siglo XIX cláusulas censitarias para la elegibilidad y la ausencia de dieta parlamentaria (instaurada recién en 1911) se tomó como ejemplo en los debates parlamentarios concernientes a la instauración de una dieta. Para asegurarse una residencia parlamentaria en Berlín, eran necesarios 6000 marcos en 1884. También, los recursos fueron obtenidos gracias al pago de generosos mecenas conservadores o por suscripciones de comités electorales o por ayuda del partido político socialdemócrata (el SPD) que aumentó las cotizaciones de los adherentes repartiendo por prorratio los aportes de las circunscripciones con más adherentes hacia las otras más frágiles. El gran partido católico (*Zentrum*) hizo lo mismo. La ausencia de dieta tuvo como consecuencia impulsar a la unificación partidaria, aunque hasta 1909 la ley sobre las asociaciones prohibiera la existencia de organizaciones confederadas. Otros partidos intentaron seguir el ejemplo. El ejecutivo trató en vano de someter a procesos judiciales a los parlamentarios elegidos de esta forma. Pero

¹⁹ El término parlamento de milicia viene de Suiza. Ver más adelante.

²⁰ Para el caso francés ver Garrigou A. (1992), “Vivre de la politique”, *Politix*, N° 20.

la nacionalización y la profesionalización de la vida política alemana estaba ya bien extendida; tanto más cuanto que en 1874 había sido instaurado un pase gratuito sobre los ferrocarriles alemanes durante ciertos períodos (de 1874 a 1884 después hubo una restricción que fue levantada en 1906). Ese pase fue ampliamente utilizado por los políticos de partido viajeros, lo que marcó el fin de la *Honorationenpolitik*, esa política de notables que intentaban mantener aún los *Junkers*, en los territorios orientales del Reich. La ausencia de dieta volvía frecuente el ausentismo y bloqueaba los trabajos parlamentarios cuando ciertos partidos utilizaban como arma la verificación del quórum. Este fue el último argumento, unido a la necesidad del Canciller Bülow de obtener el apoyo del *Zentrum* para su política colonial, que llevó a sancionar la ley de 1907, que instauraba la dieta. Anderson concluye que a fuerza de querer evitar la profesionalización, los cancilleres alemanes contribuyeron a ella con su obstrucción.²¹

En sus ataques contra la dieta y la suscripción, los partidarios de los elegibles « naturales », “tradicionales”, defendieron una manera elitista de practicar la política. En Gran Bretaña, el Partido Laborista tenía dificultades para hacer vivir su *Labour Members' Maintenance Fund*, copiado de la *Repeal Association* de O'Connell y del *O'Connell Tribute* que Parnell había reunido durante sus campañas irlandesas a fines del siglo XIX. Los electores eran convocados para pagar los gastos de sus representantes. Esas suscripciones eran denunciadas puesto que podían ser sospechadas de corrupción y de falta de independencia. La pregunta que se imponía era: “a quién pertenece el escaño así conquistado”, ¿al libre arbitrio del candidato, a los que lo patrocinan, a su partido, a su comité?²² Esto planteaba la cuestión de la disciplina del voto ligada a la de la remuneración de los parlamentarios.

Un muy buen ejemplo de esta desconfianza es el artículo de A. de Cesena, redactor del *Soleil*, diario monárquico francés, que denuncia la suscripción lanzada por un comité electoral obrero socialista para proporcionar una remuneración diaria a un ciudadano que no tiene más que su trabajo para vivir. El periodista definió claramente la concepción conservadora de la representación política:

Remunerar todas las funciones electivas hasta ahora gratuitas y honoríficas sería rebajar su carácter. El día en que no solicitemos para estas funciones más que, como se pide, un puesto de guardabosques, caerán en el envilecimiento y no serán buscadas más que por falsos obreros, ignorantes, perezosos, asiduos concurrentes de cafetines y *cabarets*.

Es ya deplorable que se haga del senado y de la diputación una condición asalariada, en lugar de conservarles su carácter de mandato político; si a ello se agregan los consejos generales y los consejos municipales, entregaríamos las funciones electivas a los necesitados incapaces. Cayendo por esa pendiente, la III República prepara el día en el que no será más un honor sino una causa de descrédito y de desconsideración ocupar un mandato electivo. Ese día el sufragio universal caerá en el fango (20-12-1880)

Estos debates, que se remontan a los inicios de la ampliación del sufragio, plantean la pregunta del *social background* de los profesionales. Esta pregunta que ha sido la apuesta de grandes debates políticos (especialmente referidos a la movilización de los

²¹ Ver Anderson, op. cit.

²² M. Offerlé (2005), “La transparence du représenté. Les deux affaires Pierre Vaux 1852-1897” en *Utopies: entre droit et politique*. Dijon: Editions Universitaires.

ingresantes y, después, de los revolucionarios obreros, socialistas y comunistas) y de grandes debates sociológicos²³ en la actualidad parece pasada de moda en los debates políticos y en los debates científicos.²⁴

Elegibilidad, capitales sociales y capitales políticos

La profesión política es una profesión cuyo acceso descansa sobre la elegibilidad, no en el sentido jurídico del término, sino definida como la percepción por los otros de ciertas cualidades y recursos sociales escasos y por el sentimiento subjetivo de poder y deber representar a los otros y de actuar en su nombre. No se podrá jamás agotar la querrela de la representación entre, por un lado, la búsqueda de una representación fotográfica que haría de los hombres políticos el calco de la población representada y, por otro lado, la idea de una representación fiduciaria que confía el derecho de representación en los más competentes, los más capaces, en quienes el pueblo puede reconocerse, entre aquellos que son mutuamente cooptados. O aún más, en ciertas coyunturas, más « carnales », en las que, temporariamente, los pueblos transfieren una relación carismática.

Actualmente, y a pesar de las campañas concernientes a la necesidad de la paridad en política o las que destacan la representación de las « minorías visibles », la morfología social del personal político aparece muy desfasada en relación a la población electoral en el país que sea. Tomando el ejemplo de los políticos franceses se notará que son primero hombres (las mujeres siguen siendo muy minoritarias) de edad madura, que pertenecen a los sectores más titulados de la población, y a ciertos sectores de la población activa, entre ellos: los profesionales liberales (muchos menos abogados que en el siglo XIX), los profesores, los altos funcionarios y también los ejecutivos del ámbito privado y los empresarios. Obreros, empleados, miembros de las profesiones llamadas intermedias, que forman el 75% de la población activa están ausentes. Lo que no tiene nada de ilógico en una concepción fiduciaria de la representación.

A pesar de las afirmaciones de Pippa Norris²⁵ y de la existencia de trabajos de sociografía de la profesión²⁶, la sociografía del personal político no tiene actualmente buena prensa. Sin embargo, para ciertos países, las fuentes declarativas no faltan (cf. Cuadro N°1). Pero, esos estudios se enfrentan a tres objeciones. La primera concierne a la metodología general: ¿cómo medir, qué medir?; ¿Medir la distorsión entre la población de profesionales y la población electoral no implica un sesgo normativo? Midiendo se induce a la idea de que la « buena » representación debería ser « fotográfica ».

²³ Cf. D.R. Matthews (1954), *The Social Background of Political Decision-Makers*. New York: Doubleday and company; F. Sawicki (1999), "Classer les hommes politiques. Les usages des indicateurs de position sociale pour la compréhension de la professionnalisation politique" en Michel Offerlé (dir.), op. cit.

²⁴ El origen social del personal político no es más una cuestión de disputa. Por otra parte, se ponen en escena los criterios de representación equilibrados por sexos y del acceso de las « minorías visibles a las responsabilidades políticas ».

²⁵ P. Norris (dir.) (1997), *Passages to Power, Legislative Recruitment in Advanced Democracies*, Cambridge: University Press.

²⁶ Cf. H. Best y M. Cotta (2003), *Parliamentary Representatives in Europe 1848-2000. Legislative Recruitment in Eleven European Countries*. Oxford: University Press. Encontraremos en el número de esta revista numerosas informaciones sobre este tema. Especialmente los artículos en M. Offerlé (1999), op. cit. y los cuadros en M. Offerlé (2004), op. cit. Para Alemania ver C. Achin (2005), «*Le mystère de la chambre basse* » *Comparaison des processus d'entrée des femmes au Parlement France-Allemagne, 1945-2000*. Paris: Dalloz ; para Argentina M. Ferrari (2008), *Los políticos en la República radical*. Buenos Aires: Siglo XXI; y para Brasil, O. L. Coradini (2001), *Em nome de quem ? Recursos Sociais no Recrutamento de Elites Políticas*. Río de Janeiro: Relume Dumará.

En segundo lugar, el medir puede tener un alcance limitado: Best y Cotta²⁷ en su conclusión al comparar el reclutamiento político en varios países europeos ponen de relieve con respecto al sujeto político profesional, tipo entre los tipos ideales que estilizan, y establecen que son las reglas del juego político las que determinan sus acciones y sus expectativas. “*In such a setting, social background loses its value as an element of the social capital to be invested in the competition for offices, since neither selectorates nor electorates except the social background has a significant impact on the parliamentary behaviour of candidates after their election*”.²⁸ De la misma manera, para Norris, es muy posible también que el estudio del oficio político no sea suficiente para aprehender el funcionamiento de los regímenes políticos que reposan sobre el principio de la delegación democrática, y que “*what members stood for, particularly their party affiliation, was more important than where they came from*”²⁹. El *social background* sería una variable importante del ejercicio del oficio político en configuraciones particulares de la competencia (los recursos sociales del notable pueden superponerse a sus recursos políticos), mientras que actualmente, las variables sociales no determinarían más que la probabilidad de entrada en la carrera (sobre todo negativamente para los más desprovistos de capitales) pero serían poco predictivas para comprender las formas concretas de asumir los roles políticos por parte de los profesionales.

Cuadro Nº 1: Los atributos sociales de los profesionales de la política:

Confrontaremos a través de los sitios de las Cámaras de EEUU, Argentina, Francia y Brasil, los tipos de informaciones socio-demográficas disponibles y las presentaciones, más ó menos detalladas y más o menos personales que esos/as profesionales dan de sí mismos/as. Notaremos, siguiendo el trabajo de Catherine Achin (p.100-104) que las comparaciones internacionales no son tan simples como parecen: ¿un *advogado* brasileño, un abogado argentino, un *avocat* francés y un *lawyer* estadounidense son la misma cosa? Tenemos también el deber de practicar sobre nuestra propia sociedad y sobre las demás una etnografía vigilante. Las ciencias sociales, si bien son modos de conocimiento universales, están también arraigadas en gestos, palabras, sociedades históricas.

http://www.house.gov/house/MemberWWW_by_State.shtml

http://www.senate.gov/general/contact_information/senators_cfm.cfm

<http://www.diputados.gov.ar/>

<http://www.senado.gov.ar/>

<http://www.assemblee-nationale.fr/qui/>

<http://www.senat.fr/elus.html>

<http://www2.camara.gov.br/deputados/pesquisa>

http://www.senado.gov.br/senadores/senadores_biografia.asp?codparl=1658&li=38&lcab=1946-1951&lf=39

²⁷ Best y Cotta, op. cit. p. 525.

²⁸ “En tales circunstancias, la formación social pierde su valor como elemento del capital social que se podría invertir en una competencia electoral ya que ni los seleccionados ni los votantes aceptan que la formación cultural tenga un impacto importante sobre la conducta parlamentaria de los candidatos después de sus elecciones” (N. de la T.). cf. Puntam 1976.

²⁹ “La posición que tenían los miembros, particularmente su afiliación partidaria, era más importante que su origen” (N. de la T.). Norris, op. cit. p.9.

¿En qué importan los orígenes sociales de los profesionales de la política?

Quisiéramos acá sostener ciertas cuestiones:

La más clásica es claramente aquella del grado de dependencia que los profesionales de la política – en tanto profesión autónoma - mantienen con los profesionales de la economía. Las controversias entre la « dominación de la clase dominante a través del personal político » y la « *Who governs?* pluralista » estructuró durante mucho tiempo los debates sobre las formas de la relación de poder político, en tonos tan polémicos e ideológicos como científicos. Para construir esta controversia es necesario salir de la estrechez del espacio político y hacer varias preguntas.

¿Cómo son socializados, seleccionados los que detentan las posiciones del poder político? ¿Cuáles son los capitales pertinentes que pueden prevalecer para acceder a las posiciones de poder político (capitales individuales y capitales colectivos)? ¿Cuáles son los recursos eficientes para « ejercer » el poder en las agrupaciones que llamamos políticas – un partido, un Estado, un sindicato, una organización internacional o intergubernamental, una municipalidad - ... para no hablar más que de situaciones estables. Porque el problema puede también plantearse en situaciones revolucionarias, en los períodos de « transición y de consolidación democrática » o históricamente en configuraciones históricas pre-estatales.

La cuestión del tipo de Estado (fuerte/débil, federal/unitario) es una variable sin duda interesante, pero está destinada a estilizar a veces muy groseramente las tipologías y los tipos de configuración política. La sociología de las instituciones³⁰ y la etnografía del trabajo de las administraciones y de las diversas clases de funcionarios permiten ir mucho más allá de estas aproximaciones macro-sociológicas. Permiten, además, reflexionar sobre las características de la configuración francesa presentada como tributaria en primer lugar del Estado en la selección de las elites (“nobleza de Estado”, “patronato de Estado”).

Es cierto. ¿Pero esos recursos sociales son pertinentes cuando se trata de analizar la relación con el oficio y los roles políticos? Los llamados recursos políticos, el « capital político », no son más interesantes de objetivar que el origen social del abuelo o las escuelas frecuentadas.

El término “capital político” es a veces utilizado en un óptica bourdiana (pero también de manera laxa por los periodistas políticos)³¹, nunca ha sido sistemáticamente definido ni testeado empíricamente.

El capital político es lo que da la eficiencia de un agente o de un grupo de agentes en una coyuntura y una configuración determinadas. Podemos ahí incluir, la precocidad de la entrada en política, la duración de la adhesión militante, en los partidos, las juventudes del partido, en las organizaciones sindicales, profesionales, estudiantiles, en las asociaciones o en las ONG. Podemos relevar los éxitos o los fracasos acumulados, la naturaleza y el volumen de los mandatos y de los puestos acumulados en el curso de una carrera política, el grado en el cual es dominada una clientela o una base de apoyo personal por fuera del control del partido- por las adhesiones partidarias o por los vínculos en internet-, la duración de la profesionalización, el tipo de trayectoria seguida desde la entrada a la política, la posición ocupada en las redes sociales pertinentes – políticas, mediáticas, económicas, culturales, mundanas-, es decir, el capital

³⁰ J. Lagroye y M. Offerlé (dir.) (2011), *Sociologie de l'institution*, coll. Sociologiquement. París: Belin.

³¹ “El hecho de que el presidente de los Estados Unidos haya prometido comprometer decididamente el peso de su país en este nuevo proceso, para llegar « en un año » a un acuerdo, abrió de repente una frágil perspectiva de salida de un viejo conflicto de 6 décadas, por el cual tantos presidentes americanos se han estrellado, agotando su capital político sin jamás lograr una solución durable” *Obama quiere pesar en favor de la paz en el Oriente Próximo* de Laure Mandeville, *Le Figaro* 3/9/2010. Es interesante preguntarse sobre las idas y vueltas en materia de vocabulario que pueden existir entre los diversos espacios de producción cognitiva (expertos, prensa, empresas de comunicación, universidades, ellas mismas más o menos orientadas hacia polo sabio o el polo profano, ensayismo...).

social, la capacidad (particularmente en Estados Unidos) para recaudar bajo su nombre los fondos de campaña (*fund-raising ability*).

Los actuales debates americanos resumidos en *The Party Decides*³² oponen el punto de vista de Aldrich que estima que los partidos americanos son instrumentalizados por empresarios (candidato del partido del centro), al de Cohen y sus coautores que ven en ello coaliciones de grupos (grupo del partido del centro). Se sabe también que el debate en torno de la cartelización de los partidos³³ y de su transformación subsiguiente ha dado lugar a una literatura abundante. Esos debates no tienen más interés que vueltos a poner en perspectiva...: ¿De dónde vienen los que dirigen la competencia política?

Desde una óptica de la sociología de las organizaciones o de la sociología política clásica, es posible estimar que es allí donde debe buscarse el secreto de los éxitos políticos, en el saber hacer, en el oficio que se demuestra a lo largo de la profesionalización. Es posible también construir esas dificultades como efectos del campo, más o menos autónomo y más o menos auto-centrado y auto-referenciado. Si se quiere ser aún más precisos, es posible, siguiendo a Max Weber en la segunda parte de su conferencia, estilizar las cualidades determinantes, complementarias, eventualmente contradictorias, que debía poseer según él un verdadero político: “la pasión, el sentimiento de la responsabilidad, la visión”. Todas cosas que no se aprenden directamente. En lo que algunos políticos se inician de manera sistemática, es en la gestión de los asuntos locales o en las técnicas de comunicación. El resto se aprende por una socialización difusa, la aptitud y el gusto por el mando, en las universidades, y por el aprendizaje sobre el conjunto de los roles políticos. Las escuelas partidarias especializadas, que formaban a sus futuros dirigentes (especialmente en los partidos comunistas) han caído. Se ve entonces que la fórmula weberiana se interesa ante todo por los grandes políticos que le parecían indispensables para la conducción de los Estados y de los hombres aun cuando la política en sus rutinas ordinarias es hecha, tanto de « baja política », de “política partidista”, de “políticas oficiosas”³⁴ como de “alta política”.

Para decirlo más claramente: el oficio político no ofrece un solo tipo de carrera, pero refiere a tipos de inversiones y a estigmatizaciones, a etiquetamientos diferenciados que traen el eco de las designaciones del siglo XIX que hemos recordado. Al lado de los escasos hombres denominados « hombres de Estado », existen numerosos « buenos gestores, hombres de base, de proximidad, fines políticos, técnicos e incluso tecnócratas en política, intendentes emprendedores, pero también notables, *apparatchiks*, chanchulleros, jugadores, padrinos... ».

Lo que son en su oficio depende también de lo que fueron en su trayectoria anterior (aún hasta en la manera en que se proyectan en un futuro diferente o en una carrera política de por vida). En buena sociología de las instituciones, la ocupación de una posición, de un rol es una sabia invención continua entre el cumplimiento de tareas y de obligaciones inscriptas y prescriptas en la historia del puesto, y la manera en la que los agentes, portadores de habitus muy diferentes, componen, rodean, transforman, -bajo coacción- las maneras legítimas de ejercer esas funciones.³⁵

Si el estudio del *background* de los políticos profesionales no explica mecánicamente sus vías de constitución, de preservación, de acumulación del capital político, o las muy diferentes maneras de nombrar los roles de la política y de lo político, no obstante sigue siendo una herramienta esencial para comprender finamente las variaciones en la ejecución del trabajo político.

La sociología política francesa fue prolija, sobre todo para comprender esas excepciones históricas que fueron la conquista de

³² M. Cohen, K. David, N. Hans y Z. John (2008), *The Party Decides. Presidential Nominations Before and After Reform*, Chicago: The University of Chicago Press. Cohen and alii 2008.

³³ Iniciado hace cerca de 20 años por Katz y Mair. Ver también, Mir 2007 en *Oxford Handbook of Political Behaviour*.

³⁴ J. L. Briquet (1997), *La tradition en mouvement. Clientélisme et politique en Corse*, collection Socio Histoires. Paris: Belin.

³⁵ Lagroye y Offerlé, op. cit.

puestos políticos por un personal político considerado como ilegítimo, y cómo el rol, el puesto y su ocupante fueron transformados.³⁶ Para decirlo rápidamente un diputado obrero y un obrero diputado no es la misma cosa. Y la manera en que un abogado de negocios hace política, no será igual que la política practicada por un maestro, un médico o un alto funcionario. Y conviene también explicar cuáles “cualidades”, “saberes” y “competencias” son transferibles de un oficio, de una profesión a la actividad política. Como lo muestra L. Willemez³⁷ no es porque los abogados son “buenos” oradores que pueden pretender representar a los otros. Y el término abogado no refiere a las mismas realidades en las diferentes configuraciones nacionales. Sería necesario ver más de cerca quiénes son esos *lawyers* que, en el 110° Congreso son el 59% senadores, y 174 sobre 435 diputados (40%), antes de compararlos con los *avocats* franceses³⁸ o con los abogados españoles o argentinos³⁹ o los *avvocatos* italianos.⁴⁰ El artículo de Bogue⁴¹ revela que las cámaras estadounidenses estuvieron compuestas de entre un 50 y un 65% de *lawyers* desde hace un siglo y medio y de entre un 11 y un 25% de hombres de negocios (sin contar a los agricultores), lo que hace sin duda a las asambleas más orientadas hacia el mercado, incluso las más plutocráticas en el mundo⁴².

Entradas a la política y muerte política

A partir de ahora se tratará de señalar cómo es tomado en cuenta lo que en los años 50 se denominaba el *background* de los políticos. Falta hacer más estudios sobre el ingreso en el espacio político. Los trabajos en curso de Alexandra Louvet sobre las candidaturas en las elecciones legislativas de Francia entre 1988 y 2007 permitieron censar más de 20000 candidatos que se presentaron por razones extremadamente disímiles (candidatura de testimonio, candidatura militante, candidatura que permita al partido acumular subvenciones estatales calculadas sobre un prorrateo del número de votos obtenidos, candidaturas centrales y también no-candidaturas de todas las que y los que no pudieron presentarse o fueron disuadidos de hacerlo, aun por razones diferentes). Como lo señala Pippa Norris en su introducción general, existen vías de reclutamiento que, según los países, trazan posibilidades de carrera entre los diferentes escalones del *cursus honorum*, particularmente en los Estados federales. De manera sintética distinguimos en Francia, el acceso por la notabilidad, por la militancia o por el ingreso directo desde el interior (dentro del entorno de un político ya reconocido).

Todavía quedan por hacer estudios sobre las condiciones de salida del campo político, de eso que llamamos “la muerte política”, que salvo excepciones no descansa en un límite de edad o sobre una limitación en el número de mandatos.⁴³

Esto plantea directamente tres preguntas particularmente importantes. La primera, remite al hecho de que las condiciones de salida, como para todo estudio en términos relacionales, iluminan las condiciones de funcionamiento del espacio considerado. La

³⁶ M. Offerlé Michel (1984), “Illégitimité et légitimation politique du personnel politique ouvrier en France avant 1914”, *Annales ESC*; Pudal Bernard, *Prendre parti. Pour un sociologie historique du PCF*, Presses de la FNSP, 1989.

³⁷ L. Willemez Laurent (1999), « La 'République des avocats'. Le mythe, le modèle et son endossement » en Michel Offerlé (dir.), op. cit.

³⁸ Cf. Dogan (1999), op. cit.

³⁹ M. Offerlé (2004), op. cit.

⁴⁰ J. L. Briquet (1999), “L'imperatif du changement. Critique de la classe politique et renouvellement des parlementaires dans la crise italienne (1992-1994)” en Michel Offerlé (dir.), op. cit.

⁴¹ A. Bogue y alii (1976), “Members of the House of Representatives and the Processes of Modernization 1789- 1960”, *The Journal of American History*, 2: (63), pp. 275- 302.

⁴² Según: <http://usgovinfo.about.com/od/uscongress/ss/Wealthiest-Members-of-Congress.htm>, la mitad de los actuales congresistas estadounidenses serían millonarios).

⁴³ Sobre las consecuencias de la limitación del número de mandatos en las cámaras de los Estados federados estadounidenses ver S. R. Meinke y E. B. Hasecke (2003), “Terms Limits, Professionalization and Partisan Control in US States Legislatures”, *The Journal of Politics*, 65: (3), pp.898-908.

segunda, permite visualizar la longevidad de las carreras y así los tipos de profesionalización que encontramos en las configuraciones nacionales. Los presidentes de la República francesa desde 1959 o murieron en su puesto (Pompidou), o fallecieron poco después de su salida del cargo (De Gaulle, Mitterrand), o abandonaron la carrera política (Chirac a los 75 años), o retomaron una nueva carrera política desde abajo (mandatos locales y legislativos para Valéry Giscard d'Estaing derrotado en 1981 a la edad de 55 años). Pero entre esos 5 presidentes, 2 (Mitterrand en 1965 y 1974 y Chirac en 1981 y 1988) habían sido derrotados antes de ser electos. Lo que no es jamás el caso de los candidatos a la presidencia de los Estados Unidos (salvo Stevenson y Nixon) o de los premiers británicos, para los cuales una derrota significa la retirada de la vida política. De ahí la tercera pregunta que se deriva de estas "expulsiones" que refiere a la tercera carrera de los políticos. El después de la función política es, en efecto, según sea que los políticos se desempeñen en sistemas que contemplan el derecho de continuar desempeñando la profesión inicial durante el mandato (bajo ciertas condiciones, variables según los países y los tipos de ocupación) o en otros en los cuales el mandato resulta incompatible con otra actividad. El « Parlamento de milicia », de tiempo parcial, a la suiza fue durante mucho tiempo absolutamente particular⁴⁴.

Las dos cámaras suizas incluían, e incluyen aún, a numerosos administradores de sociedades. Este sistema es sintomático de una forma de funcionamiento de tipo "club", donde la carga política no es muy absorbente y está asegurada sobre la base de un reclutamiento plutocrático. Es también revelador del grado en el que el espacio político suizo (aun si está en vías de profesionalización en todos los partidos) es poco autónomo en relación al espacio económico. La profesionalización integral del personal político pudo ser reciente también, en otros país, como Alemania donde, según C. Achin, citando a G. Loewenberg, un tercio de los diputados elegidos en 1961 continuaban ejerciendo su oficio.⁴⁵ El Parlamento federal contaba por otra parte con 19% de sindicalistas, 10% de funcionarios destacados y solamente 20% de políticos a tiempo completo.

La cuestión de la reclasificación del personal político parlamentario no se plantea entonces para quienes acumulan profesión y mandatos políticos. Puede ser resuelta por la existencia de vías que permitan a esos parlamentarios reubicarse, a menudo voluntariamente, con salarios frecuentemente más ventajosos que las dietas que recibían, en empresas productivas o en empresas de relaciones públicas. La *revolving door*, símbolo de un cierto lobbying washingtoniano, permite así al ex parlamentario trabajar para empresas que habían podido solicitarlo, en otro sentido, cuando él estaba en el cargo. Pero el sistema inverso, de *"opening door"*, cooptación de un parlamentario en un consejo de administración de una sociedad privada, puede ser también observado en Suiza.

Profesión autónoma y rechazo de las elites

"Este extraordinario malentendido que aleja a los gobernados de los gobernantes, haciéndoles creer que ellos pertenecen a especies humanas diferentes"⁴⁶ es una de las consecuencias ineluctables de la profesionalización política en democracia. No hablemos de "Hombres de Estado", que, cuando se definen, reivindican justamente la necesidad de ir al encuentro de las pasiones inmediatas que prevalecen entre a las masas para mirar hacia el largo plazo. No hablemos tampoco de la comodidad de la delegación que hace al lazo representativo e incita « a la felicidad privada más que a la acción pública » para la mayoría de los ciudadanos. La profesionalización política tal como se desplegó desde hace más de 100 años en el marco de la democracia representativa contiene en sí misma las condiciones de este alejamiento. Primero porque se trata de una profesión que tiene sus códigos, sus palabras, sus reglas de juego, su

⁴⁴Sobre la opinión de un militante de una electa socialista suiza francófona ver: <http://www.maurypasquier.ch/societe/Leparlementdemilicemytheourealite.html>.

⁴⁵ C. Achin, op. cit. p. 304.

⁴⁶ Valéry Giscard d'Estaing, presidente francés -1974/1981- *Le pouvoir et la vie* tomo 1 página 10. Se trata de sus memorias.

espíritu de cuerpo entre profesionales, eso que Robert de Jouvenel estigmatizó bajo el título de “República de los camaradas” en 1914, y sus intereses propios, personales, partidarios y corporativos. Es además la única profesión que puede organizar ella misma sus modos de funcionamiento fijando a menudo su salario (sus dietas) y su status, algunos bajo vigilancia mediática y ciudadana.

La división del trabajo político y la especialización/profesionalización que son sus corolarios, están en el corazón de la cuestión de la oligarquía que es trabajada por las investigaciones normativas y empíricas que han considerado a la democracia como un régimen que funciona por la competencia pacífica y en el cual la concurrencia electoral no excluye de ningún modo a la producción por y para la lucha de las elites políticas. El grado en el cual se mediría la democracia descansa sobre las características de esas elites (renovación, diversidad, apertura, circulación) y sobre la calidad de la competencia más que sobre su misma existencia.

Esto evidentemente plantea, para el sociólogo y el socio-historiador la pregunta del trabajo político así como la del saber de los políticos: ¿cómo saben ellos lo que somos nosotros? Aún cuando son tan diferentes a nosotros. ¿Cuáles son los “sensores” (hombres y dispositivos) que les permiten legitimar la manera en la cual ejercen su profesión? Eso implica también interrogarse sobre las relaciones que mantienen los ciudadanos ordinarios con la política.

La categoría muy englobante de « populista » que floreció en la ciencia política occidental de los últimos treinta años para rendir cuenta y denunciar⁴⁷ las tomas de la palabra consideradas como ilegítimas recubre imperfectamente esta exclusión. Ya que los « populistas » pueden estar dotados de los atributos sociales que abren el derecho a la elegibilidad (diplomas, status social...).

El discurso recurrente y permanente en democracia de la fractura entre el pueblo y las elites toma formas diversas según las coyunturas. “El divorcio entre el pueblo y las elites es una constatación” escribía recientemente el periodista Ivan Rioufol⁴⁸. Y el filósofo Marcel Gauchet⁴⁹, siempre sobre el mismo tema, enunciaba algunos días más tarde: “El episodio reactiva una contienda larvada entre el pueblo y las elites. Sarkozy había dado la impresión de ser consciente del problema y de querer modificar las cosas. No lo ha hecho aún y, en cierta medida, agravó el malestar, por su estilo de estrella egocéntrica y autoritaria”.

Así, el término mismo de elite pudo también cambiar de significado, y significar, a los ojos de los no-profesionales y de los no-privilegiados, algo diferente del reconocimiento de méritos particulares y escasos “a los de arriba”, a “ellos” como lo expresaba Hoggart cuando diferenciaba hace más de 50 años a “ellos” y a “nosotros”. no sería una coma?

Traducción de Micaela Iturralde (CONICET- UNMdP)

⁴⁷ A. Collovald (2005), *Le populisme du FN, un dangereux contre-sens*. Paris: Ed . du Croquant.

⁴⁸ « L'essor du populisme défie la droite honteuse » *Le Figaro* 2/7/2010.

⁴⁹ « L'affaire Bettencourt réactive le contentieux entre le peuple et les élites » *Le Monde*, entrevista, 18/7/2010. Abismo (creciente, irremediable), ruptura, corte (profundo, peligroso, dramático), pasivo, separación, fractura, ruina, creciente brecha, oposición, desajuste, división son los términos que encontramos más a menudo en los debates mediáticos sobre la relación actual entre el pueblo y las elites. Ellos son frecuentemente asociados al populismo (como peligro) y a la sociedad civil y su proximidad (como remedio a esta fractura).

Anexo

¿Qué significa actualmente campo político?

Uno de los conceptos bourdianos más frecuentemente citado – a falta de ser puesto en práctica – es el concepto de campo que el autor trabajó en numerosos territorios del espacio social, que trata de la religión, la moda, la escuela o de la administración. Desde el principio podemos discutir sobre el uso mismo de la palabra: ¿existe un campo?, históricamente ¿cuándo podemos datar « la aparición » de tal o cual campo especializado? O ¿es el campo un instrumento de análisis de la realidad?

Un campo en el sentido que le da Pierre Bourdieu “(...) puede ser definido como una red, o una configuración de relaciones objetivas entre dos posiciones. Esas posiciones son definidas objetivamente en su existencia y en las determinaciones que imponen a sus ocupantes, agentes o instituciones, por su situación (situs) actual y potencial en la estructura de la distribución de los diferentes tipos de poder (o de capital) cuya posesión permite el acceso a los beneficios específicos que están en juego en el campo, y, al mismo tiempo, por sus relaciones objetivas con las otras posiciones (dominación, subordinación, homología, etc.) (*Réponses*, Seuil, 1992, p.72-73.) Y se podrá extraer de ello una definición de lo que puede ser el campo político.

Pero desde sus primeros trabajos sobre éste y la política (1972, 1976/77), hasta sus últimos escritos especialmente, *Propos sur le champ politique*, el sentido y el contenido del concepto de campo político se transforma en Bourdieu. Habría en ello materia de investigación, no en el sentido de una restitución de la “verdadera” e “intemporal” definición del concepto en Bourdieu, sino en la óptica de una *Begriffsgeschichte*, aplicada a un autor. Ahora bien, en los años 1970, campo político refería al “sistema de relaciones entre las fracciones de las clases dominantes y no solamente entre los agentes que hacen profesión de la “política” (parlamentarios, periodistas políticos, etc.)” (en « Le marché des biens symboliques » *L'Année sociologique*, vol. XXII, 1971). Refería a fines de los años 90, a una definición más limitada, que restringía el espacio pertinente a algunos puñados de profesionales de la política: “Primero, expresa el corte entre la reacción anticipada del gran público, y la explicación de los profesionales. Y en segundo lugar hace que algunos hechos cobren un sentido únicamente en el interior del mundo de los profesionales que yo llamo el campo político”, Entrevista con Philippe Fritsch en *Propos sur le champ politique*, Presses Universitaires de Lyon, 2000. De la misma manera, si antes toda cita del concepto implicaba una referencia circunstanciada y detallada, y una cita, en adelante las palabras son utilizadas por acuerdo sin tener necesidad de ser referidas a un autor preciso: debemos saber que es en « el » sentido de Pierre Bourdieu. Pierre Rosanvallon puede tomarse de ello en su curso inaugural en el Collège de France: “Lo político tal como yo lo entiendo corresponde a la vez a un campo y a un trabajo”: *Pour une histoire conceptuelle du politique*, Le Seuil, 2003. Pero se puede también usar de manera automática, laxa: así la utiliza René Rémond : “La extensión del campo político varía ampliamente también en función de la ideología dominante. Por ejemplo si su inspiración es liberal, él será más reducido”. (Introduction p. XIV *Axes et Méthodes de l'histoire politique*, PUF 1997).